



EL HOMENAJE

José Luis Fierro

EL HOMENAJE



Primera edición: mayo 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Luis Fierro

ISBN: 978-84-19340-56-6

ISBN digital: 978-84-19340-57-3

Depósito legal: M-14465-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Selam y Rebeca.
A Manon.

Lo pasamos bien, qué quieren que les diga. Nada hacía presagiar que, dadas las circunstancias, aquel encuentro pudiera resultar grato, ameno e incluso hilarante, pero así fue. También he de decirles, y esto me parece lo más remarcable, que fue un día de descubrimientos impacantes, de aquellos que cambian el curso de la historia, de la propia historia, me refiero, de los que te cambian la mirada, la perspectiva con que se observa la vida y la actitud con la que a ella te enfrentas. Cómo les diría..., ¿se imaginan que de repente nada es como ayer? ¿Que una metamorfosis de dimensiones incalculables ha puesto del revés el mundo en que vivían, que ha cambiado la geografía y la distribución de los astros, el abecedario y los mitos, la composición química del aire, la teoría de fuerzas, la estructura de la materia, el pulso de la energía y cualquier otra ley de la naturaleza? Y entonces son conscientes, con asombro y también con resignación, de que habitan un universo nuevo y que en él han de continuar por narices su existencia. Pues algo así fue lo que experimenté en aquella mañana, en aquella casa de la calle Princesa en la que me planté vestido de marrón y

con pertinente gesto de velatorio, el que tocaba, ni más ni menos, o eso pensaba yo.

Déjenme que les vaya desgranando la historia porque el sábado 24 de marzo la vida se me puso patas arriba.

Aunque morir en primavera es del todo inapropiado, a Luis le dio por hacerlo en esa estación. Es una manera de hablar, ya me entienden, seguramente él poco tuvo que ver en todo aquello. La hora en que tomamos ese tren sin retorno parece más bien el resultado de un arbitrio inescrutable, o el dictamen de algún dios maligno que finalmente exista y maneje los hilos de nuestras vidas desde su secreta e ignota morada. Igual que no decidimos el cuándo nacer, tampoco está en nuestra mano determinar el momento en que daremos el adiós definitivo, y es curioso, ¿no creen?, que nada tengamos que ver en esos dos momentos clave de nuestra existencia: el venir y el marchar. El entrar y el salir no nos pertenecen.

Perdonen que pierda el hilo de la conversación, pero es que ando un poco aturdido. Como les decía, Luis murió el primer sábado de primavera y lo hizo después de dejar atrás una vida extraordinaria. El día de su entierro a su mujer le dio por organizar un acto de despedida, como esos que vemos a veces en las películas americanas. El cadáver lo ubican en un cuarto apartado, bien acomodado dentro del féretro, correctamente presentado e impecablemente vestido y, mientras tanto, los invitados se dedican a alternar entre ellos, montan corrillos para charlar mientras se comen un bocadito de *quiche lorraine*, un dátil con beicon, un poquito de apio con roquefort

o algún paté francés. Y también se brinda con champán selecto o vino viejo, amplio y, tal vez, por alusión al fallecido, repleto de aromas a tierra, madera, minerales.

Almudena, la mujer de Luis, orquestó todo aquello con gran maestría y buen gusto. Estaba avezada en ello. A lo largo de su matrimonio había organizado un sinnúmero de veladas donde se daban cita personalidades importantes: estadistas, intelectuales, autores de renombre y deportistas de élite. Así que ya se pueden imaginar, para ella, organizar aquello fue pan comido, con la salvedad, que no es poca, de que en esta ocasión el acto de homenaje se celebraba por la defunción de su esposo.

A sus cuarenta y nueve años, Almudena era todavía una mujer delicada que conservaba intacto el atractivo que siempre tuvo. Nosotros la conocíamos desde niña y, aunque tenía el mismo origen humilde y cateto que todos nosotros, poseía algo distinto, distinguido, una elegancia innata que enhebraba todo aquello que hacía y decía, y se apreciaba en sus gestos y en sus palabras. Y claro, a Luis no le pasó desapercibido. Aunque todos nos enamoramos de Almudena en algún momento (yo incluso le escribí un poema por Navidades en algún año que ya no recuerdo), fue él quien se llevó el gato al agua. A estas alturas de su vida, a Almudena le habían salido unas arrugas adorables junto a los ojos y también tenía pliegues en la comisura de los labios y por el cuello se le alzaban contrafuertes para aguantarle aquella cabeza adiamantada que remataba con un peinado recogido. Seguía siendo bella y continuaba atrayendo las miradas y, aun en aquel

día tan triste en el cual Luis tendría que haber sido el centro de las atenciones, buena parte del protagonismo se lo llevaba ella, la dulce Almudena.

Para entender el alcance de la historia que les contaré deben saber que Luis fue el más brillante de todos nosotros. Desde pequeño mostró siempre una mente despierta, una audacia sin parangón. Además de ponderadas, sus reflexiones eran siempre las más imaginativas y certeras. Apoyaba sus decisiones y sus razonamientos con argumentos apropiados e irrefutables y de ese modo imponía sus juicios en cualquier deliberación. Manejaba el cálculo y la oratoria, la estadística y el léxico, el álgebra y la prosodia, y hasta en el deporte era el más ágil y el más fuerte, el que más saltaba y el que lanzaba más lejos. Su expediente académico estaba repleto de matrículas de honor y también de comentarios escritos donde los profesores cantaban sus excelencias, sus virtudes, sus múltiples y agraciados dones que le garantizaban, sin lugar a dudas, un porvenir espléndido. Encima, el muy cabrón era hasta guapo, y disculpen que me dirija a ustedes en estos términos, pero es que ya todo me importa un comino.

Con aquel talento innato se sacó la carrera y un MBA con la gorra, alternó su formación académica con el estudio de lenguas extranjeras y a los veinticinco años era un joven con una formación envidiable. Le llovían las ofertas laborales y, como en él era habitual, gestionó aquella ventura con un tino admirable. En los noventa ocupó los mejores puestos de las consultorías de Barcelona y Madrid. El nuevo siglo lo estrenó trabajando para organis-

mos oficiales; era un tecnócrata como la copa de un pino, un experto en inversión, finanzas, gasto público, y se lo rifaban en embajadas, ministerios y órganos de gobierno europeos. En 2015 regresó a la empresa privada y, hasta su muerte, ocupó sillones en los consejos de administración de las grandes empresas del IBEX. Ya ven, así era Luis, un auténtico fenómeno.

Viajó por medio mundo. Vivió, según me contó, en trece países distintos, ganó dinero a espuestas y por el camino escribió varios libros, tratados sobre econometría, teoría de probabilidades y gestión de deuda pública. Daba conferencias, lo invitaban a mesas redondas y, de vez en cuando, salía en la televisión sentando cátedra y haciendo predicciones de futuro que el común de los mortales escuchábamos como si fueran dictadas por un dios omnisciente.

Y todo lo hizo junto a Almudena. Ella le seguía allá donde fuera: Rabat, Ginebra, Bruselas, Nairobi, Boston, Bogotá, qué más daba, ella se adaptaba y le seguía con una fidelidad admirable, con una lealtad sin fisuras. Nunca le hizo falta trabajar. Recuerdo un día que entre risas me dijo, presumiendo, que en su vida había frito un huevo. Y es que, al lado de Luis, gozó siempre de todas las comodidades que puedan imaginarse. Se dedicó tan solo a la crianza de sus hijos, aunque yo diría que hasta eso lo hizo de oído. Tenía tanto auxilio y tanta ayuda que tampoco puso mucho esmero en la educación de María y Ricardo. Sus hijos tuvieron siempre tutores privados, preparadores físicos, chóferes y durante

un tiempo hasta guardaespaldas, los dos años en Colombia así lo requirieron. Eran chicos estupendos, bien parecidos, amables y dotados de una educación exquisita que se notaba en sus modales, en cómo se dirigían a ti y te preguntaban por esto o por aquello, por tu familia, tu trabajo, por aquella dolencia que te aquejaba desde hacía tiempo o por tus planes de futuro. Imagino que no les importaba lo más mínimo, pero estaban tan acostumbrados a la cortesía que no podían escapar de ella, ni seguramente sabían cómo hacerlo, tal vez incluso ni se lo habían planteado.

Pero ya ven cómo son las cosas. Un día a Luis le vino una tos, luego se le cogió al pecho y cuando tosía, los pulmones le retemblaban. Allí dentro todo se conmovía, los bronquios, los alveolos, el mediastino, la punta de cada ramificación, cada rincón y cavidad interna. La caja torácica escondía el epicentro de un seísmo devastador. Con el paso de las semanas aquello no se iba, aquel rugir había sitiado el pecho y preparaba el asalto definitivo; la muralla no tardaría en caer. Los estremecimientos que sobrevenían con cada convulsión lo encorvaban cada vez más, lo dejaban morado, abatido y exhausto. Inevitablemente, se dispararon las alarmas.

—Ve al doctor Myers— le premió Almudena.

Se hizo una radiografía y allí se vio una mancha.

—Luis, hay que hacer más pruebas— le dijo aquel doctor de Chicago.

Y luego vino el veredicto. El cáncer fue fulminante. Dos meses.

Con una precisión extraordinaria, y a tres días del homenaje, a todos nos fueron llegando unas tarjetas de color nácar. «Está invitado al acto de despedida que se celebrará en memoria de Luis Santaolalla Velasco el próximo 24 de marzo a las 11:00 a. m. en el domicilio familiar».

Como les decía, todas las viejas glorias de la antigua pandilla recibimos aquella invitación. Luis había dejado instrucciones sobre ello. No quiso que faltara nadie, ni tan solo algunos con los que había tenido alguna desavenencia. Así que el entierro se convirtió en una reunión de viejos amigos. Allí estaría Casimiro, Chema, José Ignacio, Javier Cerezo —que a este, no sé por qué, siempre que lo mentábamos lo hacíamos poniendo también el apellido—, Rubén y el Pari, de quien ya nadie recordaba su verdadero nombre y ni él se hubiera girado si alguien lo hubiera proferido. Y vería también a Amparo, a Cristina y a Susana, que fue mi *sex-symbol* durante años, y a Sabina y Araceli. A algunos de ellos no los veía desde hacía años. La mayoría nos habíamos quedado a vivir en el pueblo, otros se fueron a vivir al de al lado y otros, como Miguel Pacheco, se fueron a Barcelona. Cada vez que venía, el pobre lo desaconsejaba: «No os mováis de aquí, que aquello es un engaño». Y luego se excusaba: «Yo es que ya, con los niños...», y abría los brazos y levantaba las palmas de las manos, arqueaba la boca y ya todo se le entendía. Nunca acababa la frase.

No quisiera hacerme pesado presentándoles a todos y cada uno de ellos, pero déjenme que les hable de algunos. De Casimiro o de Chema, por ejemplo, o también de Rubén y José Ignacio, de Cristina y especialmente de Susana, de quien me trajo siempre de culo, especialmente por las noches cuando me iba a la cama y también por las mañanas antes de salir de ella.

Casimiro fue siempre muy divertido y nos hacía reír a todos. Una de las cosas que más le gustaba hacer era imitar a Michael Jackson, y cuando trataba de hacer el *moonwalk*, lo hacía tan mal que todos nos petábamos de risa. Y él se reía tanto como nosotros. Dejó pronto los estudios y se puso a trabajar en empresas de medio pelo. Hacía faenas pesadas y mal pagadas. Nunca fue un obrero cualificado. Era, por así decirlo, al menos en lo profesional, el antónimo de Luis, aunque siempre se llevaron de maravilla. Con el tiempo le fueron saliendo brotes de resignación y ya desde que tenía veinte años se veía a sí mismo como el eterno aspirante o, más bien, como el perdedor de grandes oportunidades. Un sábado por la mañana te decía «Yo pude ser cantante», y en realidad tal vez pudiera haberlo sido porque no cantaba mal, y por la tarde soltaba «Yo tendría que haber sido batería», y es que había tocado el tambor en las *majorettes* del barrio y tenía buen sentido del ritmo y, luego, ya a la noche, afirmaba que tendría que haberse hecho futbolista, mediocentro creativo —matizaba— o de media punta, pero de los que tocan, de lo que crean e inventan y ven los espacios como nadie y las líneas de pase con la clarividencia que tan solo

poseen unos elegidos. Y entonces brindábamos chocando los botellines de cerveza con un punto de amargura porque tanto él como yo sabíamos que no sería ni cantante, ni batería, ni futbolista.

Chema era todo lo contrario. Era un golpe de riñón encarnado, la animación del tesón y el ahínco. Forjado en la fragua de la porfía, perseguía sus objetivos con una insistencia digna de encomio. Carecía de cualquier talento, pero aquella voluntad que poseía era su tesoro y él lo sabía y se agarraba a ella, y ella, tarde o temprano, le traía los premios, las presas y las recompensas. Era calculador y tacaño. Huraño y cabezota. Glotón, rústico y sincero. Se empeñó en ser ingeniero de caminos y por el camino le fueron tumbando una y otra vez, y él, erre que erre, y volvía a suspender, y se matriculaba de nuevo, y se preparaba para la siguiente convocatoria, y estudiaba de sol a sol si hacía falta. Y al cabo de no sé cuántos años fue ingeniero de caminos y ahora se gana la vida la mar de bien. Anda metido, según me dijo la última vez que lo vi, en las obras de un canal de regadío en la Franja de Aragón. Me contó que le habían encargado convertir un desierto en una huerta valenciana y que por sus cojones que lo hacía, y yo sé que lo hará, no me cabe la menor duda. Ahora se ha hecho menos tacaño y sale continuamente. Se va de viaje y no calcula tanto, o a lo mejor sí, pero al menos los cálculos no le enjaulan y eso me alegra, me alegra verlo feliz. Se ha casado hace poco, por lo civil, con una chica de Ciudad Real que le pega mucho porque también tiene algo de agrario, de campesina, y que conste que lo

digo en sentido positivo. No he coincidido mucho con ella, pero es una mujer franca y sencilla. Tiene una cosa muy curiosa y es que siempre dice palabras que nadie ha escuchado nunca. Se ve que existe el manchego como un dialecto del español, y la mujer está tan pegada a sus orígenes que va soltando por ahí frases que provocan a la par estupor y perplejidad. Un día le dijo a su marido que era un galgo (ustedes no lo saben claro, pero para Chema tan solo podría servir un san bernardo o un dogo argentino) y otro día que vinieron a casa me dijo que estaba todo *arremuñao*. No hace mucho, una noche de diciembre que salimos de fiesta, soltó que había muchas que le tenían *higazo* y acto seguido le plantó un beso a Chema en mitad de la frente y se echó otro anís al coletto. Y ahí quedó todo porque a nadie le dio por preguntar qué demonios andaba diciendo o qué significaban esas palabras con rancios aromas.

José Ignacio fue siempre el blanco de las bromas pesadas, era un poco regordete, no mucho, pero llevaba siempre los mofletes rosados y eso le hacía parecer más obeso de lo que en realidad era. Tenía aficiones raras que no podía compartir con nadie. A nosotros todo lo que no fuera jugar al fútbol, robar cerezas o higos, o montar en bicicleta, la verdad es que no nos interesaba. A él, en cambio, le gustaban la pesca, los minerales y los fósiles, y de buenas a primeras se te ponía a hablar de la piritita, de los nummulites o de los procesos de sedimentación. Y nosotros lo mirábamos como si fuera un extraterrestre. También le gustaba dibujar, cocinar y hasta rascaba la bandurria.

Sin demasiada convicción, lo reconozco, con algún comentario despectivo o mostrando indiferencia a sus observaciones sobre los trilobites o el Paleozoico, quisimos normalizarlo, que conste que hicimos algún conato de rescate, pretendimos quitarle todas aquellas inclinaciones estrambóticas que tenía, pero no hubo forma, no parecía tener remedio.

Ya desde muy joven tenía poco pelo: un flequillito lacio le bajaba cansado y tristón por un lado de la frente, y cuando llegó a la pubertad, la coronilla le clareaba anunciando una sentencia inapelable: sería un calvo prematuro. Lo que le faltaba. Desde niño, y por alguna razón que jamás supimos, sus padres lo llevaron siempre con pantalones cortos. No importaba si hacía frío o calor, si llovía a cántaros o arreciaba el viento, el niño iba irremediablemente con las piernas al aire. También iba mucho a misa, ya que su padre era muy devoto y yo creo que fue él quien dudó sobre la conveniencia de nuestra compañía para su primogénito. Aquel hombre siempre nos miraba con una pizca de recelo, de desconfianza y en algún momento consideró que lo mejor que podía hacer por su hijo sería apartarlo de nosotros, ofrecerle un entorno más apropiado en el cual pudiera crecer recto, sin desviaciones, librarlo de los peligros de la holgazanería e incluso de la delincuencia y también de las drogas, porque, por qué no decirlo, el barrio estaba infestado y la heroína hacía estragos entre los jóvenes. El caso es que don Hilario, el padre de José Ignacio, decidió protegerlo enviándolo a Pozuelo de Alarcón a estudiar en un seminario de

monjes oblatos y, sin que fueran demasiado escuchadas las protestas del niño, este acabó aceptándolo entre la resignación y el deseo de aventuras. Se fue con catorce y regresó con dieciséis. No salió bien. A don Hilario le salió el tiro por la culata. Volvió hecho un *heavy metal*, vistiendo de forma desastrada, ya por fin con pantalones largos, y luciendo cazadoras tejanas que llevaba siempre taladradas de chapas. Allí clavaba, como si fueran trofeos, insignias de Scorpions, Iron Maiden, Manowar y ACDC, y aquel flequillo lánguido que le resbalaba por la frente seguía igual, pero más extenso. También por detrás se dejó el pelo largo, aunque sin excesos, y es que aquella cabellera no daba para grandes exhibiciones. No parecía importarle, él sería un *heavy* medio calvo y demostraría su fidelidad al movimiento con otra estética y otras artes: en lugar de la bandurria, tocaría la guitarra eléctrica, empapelaría la habitación con pósteres de Metallica y Motörhead y fumaría Fortuna y algún porro a escondidas. Nosotros nos quedamos boquiabiertos cuando lo vimos de regreso. Era otro. Lo que no pudimos hacer nosotros en catorce años, lo hicieron los monjes oblatos en menos de dos, y es que el poder de la Iglesia es incontestable.

Así como a José Ignacio lo recuperamos sin hacer nada, a Rubén lo perdimos a pesar de nuestros esfuerzos. Lo perdimos un viernes por la tarde de hace unos treinta y cinco años. Era un niño amable, de buen corazón y con un sentido del humor extraordinario. También tenía un talento inigualable para hacer imitaciones. Bueno, en realidad imitaba a los imitadores, pero lo hacía muy

bien y con mucha gracia. Imitaba al rey Juan Carlos, a Adolfo Suárez, a Felipe González, a José María García y a Lola Flores. Y contaba chistes de gangosos y tartajas y también de turistas ingleses que venían a España de vacaciones. Pero he exagerado, les decía que lo perdimos un viernes por la tarde de hace tantos años no porque volviera al pueblo de Soria con su familia, ni porque le viniera una enfermedad terrible que lo mandara al otro barrio, sino porque aquella puñetera tarde se enamoró de Remedios Iglesias. Y es que con aquel nombre ya se veía que todo estaba perdido. Rubén la vio pasar con una falda de círculo de color verde, una camisa blanca y con aquellas trenzas que le caían por detrás de los hombros hasta reposar en la espalda media, aquella tan fina y tan recta que tenía y que le daba un aire como de muñeca. Aquel viernes funesto, la Reme, así era como la llamábamos, salía con su familia del salón del Reino de los Testigos de Jehová. Serían, qué sé yo, las seis o las siete de la tarde. Por aquel entonces a nosotros nos daba por comer cruasanes de chocolate en la plaza que había enfrente de aquella iglesia, o mejor dicho local, porque se ve que no se puede decir iglesia, aunque la pobre Reme llevara aquella palabra prohibida de primer apellido. Pues bien, Rubén la vio pasar y Rubén se jodió. Tal cual. No le den más vueltas. A partir de aquel día, la esperaba los domingos a las puertas del Salón del Reino. Poco después metió un pie dentro del salón. En un trimestre ya era miembro de la comunidad y con los años llegó a ser precursor y le echaba una de horas que no imaginan en la abnegada

tarea de difundir la palabra de Jehová y de encasquetar la revista aquella que llevan siempre bajo el brazo. Aunque siguió viniendo con nosotros, cada vez lo hizo menos. Dejó de hacer imitaciones y de contar chistes y perdió aquel aire celebrativo que había tenido siempre. Luego, perdió también el contacto y se movía con ellos, con los testigos de Jehová, y tan solo de forma ocasional lo veíamos por la calle. Pero qué quieren que les diga, no le fue mal. Le hizo tres hijos a la Reme que, dicho sea de paso, todavía hoy sigue siendo una mujer de bandera, así que imaginen cuando se casaron. Viven cerca del puente en una casa grande y con patio trasero. Allí cuida ella de sus rosales con esmero y delicadeza y él cultiva tubérculos y hortalizas, y juegan con sus hijos al ajedrez y al bádmin-ton y al atardecer recitan salmos sentados en corrillo o repasan historias épicas de la biblia como la del profeta Jonás o el patriarca Abraham.

Cristina era la canija del grupo. No llegaría al metro y medio. Era delgaducha y pálida. Tenía la piel muy blanca y el pelo muy negro, y eso le dio siempre un aire espectral, como de actriz de reparto en alguna película de Béla Lugosi. A pesar de que su aspecto físico pudiera indicar lo contrario, tenía un salero, un desparpajo y un aire chulesco que le daban mucha notoriedad en el grupo. Nadie podía con ella, ni los afilados e ingeniosos comentarios de Luis podían vencerla. Todo lo rebatía y a todo se enfrentaba, y no permitía nunca que nadie la ninguneara. Era bromista a más no poder, ocurrente, exagerada y se complacía diciendo palabrotas. De vez en cuando soltaba

que estaba hasta los huevos o te llamaba hijo de la gran puta y aquello sonaba como excesivo en una niña de tan pequeño tamaño. Sus padres le hicieron las mil y una y la medicaron desde pequeña para ver si crecía. La estiraron en casa siguiendo los consejos de la abuela, una señora de Lugo que iba siempre de negro, con un pañuelo en la cabeza y que parecía salida de la Alta Edad Media. El padre la cogía de las piernas y la madre de los brazos y en el aire la ponían en tensión durante cinco minutos al día. Como aquello no funcionó, la llevaron al médico y le dieron hormonas. Algo se notó, pero luego le vino la regla y la pediatra sentenció que hasta ahí llegaba la ciencia. En un último intento, ya a la desesperada, la llevaron a un curandero que pasó algunos meses por el pueblo. Aquel tipo, que pasaba visitas en casa de la Juanita —una señora mayor que vivía sola en un primer piso y se dedicaba a la venta ambulante—, prescribió baños de barro y orín. Lo hizo después de pasarle saliva por las rodillas y cobrarles mil pesetas. Al llegar a casa, Cristina se plantó. Cogió el cuchillo del jamón y se encaró a sus padres. Blandiendo el arma les dijo que, como la untaran con aquella mierda, o se iba de casa, o mejor aún, les rebanaba el pescuezo mientras durmieran.

Ahora trabaja para una inmobiliaria y se pasa el día enseñando pisos. Me consta que es la mejor comercial de la comarca y en seguida estará al frente de una oficina. Se casó con uno de los Ojeda, no sé con cuál porque eran tantos que todos en el barrio, en algún momento, perdimos la cuenta de aquella descendencia interminable.

Es madre de tres hijos y se ve que todos vinieron por cesárea. Cuando el médico la examinó, le miró la pelvis y la vio tan menuda, afirmó que había que buscar una solución de altura y que eso pasaba indefectiblemente por el bisturí. También sé que veranea en Ripoll y lo sé porque me lo contó Amparo en la oficina de Correos. Mientras ella recogía un paquete y yo una carta certificada, me explicó que allí tiene un apartamento y que disfruta haciendo senderismo y aventurándose con su familia hacia las cumbres de la comarca.

Javier Cerezo siempre fue un culo inquieto. Él no entendía por qué, ya desde niño, su comportamiento era tan voluble e inconstante, pero cuando cumplió los quince años entendió la razón de su desafuero vital, de su inquietud permanente y de sus continuas mudanzas: era géminis. Achacó a aquella maldita constelación la tragedia de vivir con aquel temperamento inestable y desasosegado. Hizo la comunión con ocho años y partir de ese momento, tal vez no todo fuera atribuible a las estrellas, comenzó a dar muestras de su talante mutable. «El niño ha salido rana», contaba la madre en los corrillos del mercado, pero nadie fue consciente, ni siquiera ella, de que aquellos bandazos en la voluntad del pequeño Javier eran los síntomas prematuros de un desajuste que determinaría su vida. Durante la educación primaria practicó fútbol, atletismo, balonmano, ciclismo y kárate. Al mismo tiempo, presionó a su padre para que le inscribiera a mecanografía, francés, violín y papiroflexia. Siempre andaba ocupado y en movimiento. Un pensamiento le cam-

biaba sus inclinaciones, una lectura le llevaba a considerar otra afición, un sueño le convencía de que debía tomar otro camino y un recuerdo, y una visita, y una observación le sumían en una crisis profunda aunque pasajera, porque de allí salía enseguida y reforzado, y con un nuevo proyecto en mente hasta que viniera la siguiente —la siguiente crisis, me refiero—, ya que, a buen seguro, no tardaría en llegar. Y cuando le veías intranquilo, le decías:

—Javi, pero qué te pasa ahora.

Y él, ya conformado a vivir bajo aquel sino respondía:

—No hay nada que hacer, soy géminis. Déjame, déjame que llego tarde a primeros auxilios.

O te soltaba:

—No es culpa mía, es mi naturaleza géminis, vosotros no sabéis lo que es esto, ahora empiezo el taller de poesía, luego hablamos.

Ya cuando se hizo mayor le pasó lo mismo en el trabajo. Hizo de camarero, de mozo de almacén, de cartero y socorrista. Cuando acabó los estudios llegó a ser maestro, pero luego le dio por estudiar más y empezó tres carreras sin acabar ninguna: Fisioterapia, Logopedia y Filosofía. Cambió tres veces de casa y se ha casado otras tantas, y ahora dice que ya ha dado con la buena, pero ninguno nos lo creemos porque sabemos que Géminis no le dará descanso hasta que lo meta en la fosa.

Bueno, y, para no alargarme más, les hablaré de Susana. Como ya les dije antes, aquella niña me tuvo siempre obsesionado. Cuando todos éramos unos mocosos, ella ya tenía los pechos formados y sobre todo un culo que

valía un imperio. Y es que, aunque suene contradictorio, estoy convencido de que el trasero es la entrada. La entrada a la lascivia, a la lujuria, ¡a Sodoma y Gomorra!, o como diría la Reme, imagino —y la uso ahora para recuperar un tono más comedido—, a la tentación de la carne y a los malos pensamientos. El culo de Susana fue el arco de triunfo que nos dio la bienvenida al despertar de los sentidos; el puente que nos llevó a aquellas ensoñaciones tempestuosas donde perdíamos la virginidad; la ventana que nos mostró las regiones del sexo y nos hacía pensar en él a cada momento, y la catedral de la sensualidad. Así que, fíjense, aquel culo fue puerta, arco de triunfo, puente, ventana y catedral. ¡Ahí es nada!

De mayor casi nunca estaba en el pueblo. Se hizo visitadora médica y viaja mucho. Recorre el mundo entero vendiendo productos farmacéuticos, alojándose en hoteles de prestigio, y entre viaje y viaje, dieta y comisión, jarabe y píldora, imagino que ha tenido cien amantes. Yo tenía mucha curiosidad por verla de nuevo y, si quieren que se lo confiese, para mí era uno de los grandes atractivos del homenaje a Luis, una de las razones por las cuales se justificaba mi asistencia.